



BIBLIOTHECA FILMS

EL TEMPLO DE VENUS



Num. 1

MARY PHILBIN

50 cents.

FILMS DE AMOR

DE BIBLIOTECA FILMS

Redacción y Administración:

CALABRIA, 50

Teléfono 173 H

Imprenta: Villarreal, 12 y 14

Año I

BARCELONA

Núm. 1

50 céntimos

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

EL TEMPLO DE VENUS

NOVELA DEDICADA

AL AMOR, A LA BELLEZA, A LA JUVENTUD
Y AL ROMANTICISMO



Exclusiva: Hispano-Foxfilm, S. A. E.

Valencia, 213 - Barcelona



ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Registrada. Queda hecho el
depósito que marca la ley.

¡SALVE!

Aparece hoy *FILMS DE AMOR* al estadio
de la prensa sin la menor pretensión de llenar
el vacío de que se vanagloria toda nueva pu-
blicación, pues ni es nueva ni a llenar vacíos
viene; es sólo un marco de BIBLIOTECA
FILMS, su hermana mayor, para novelizar, di-
gámoslo así, las películas esencialmente de
Amor.

*¡ Cantamos al Amor, Alfa y Ara del mundo,
alba de la ilusión y de la felicidad,
arado que en la vida traza el surco profundo
de humana siembra y de fecundidad!
¡ Amor, divino arquero de los ojos vendados
con la venda irisada de la mágica ilusión,
cuyos dardos, al azar disparados,
siempre hieren algún corazón!*

*Cantamos al Amor, pero no al amor grosero
y sensual halagador de los sentidos, que deni-
gra y degrada, sino al Amor puro, grande, so-
brenatural, a ese fuego que el Creador ha en-*

cendido en el pecho de la humana criatura para sembrarle de flores de ilusión el camino escabroso de la vida. Cantamos al Amor: esa es la razón de la existencia de FILMS DE AMOR.

No por modesta ha de ser FILMS DE AMOR descortés, y romper antiguos y venerandos moldes de buena crianza que parecen imponer a toda nueva publicación periódica, por insignificante que ella sea, el deber de dirigir a sus obligados en general, el antiguo y respetuoso ¡SALVE!

De corazón cumplimos este deber. Reciban nuestro saludo más cariñoso, los innumerables lectoras y lectores de BIBLIOTECA FILMS, recíbalos la prensa que labora en pro de la difusión del bello arte del silencio, sea de cualquier matiz que fuere, recibiendo los señores cinematografistas a cuya disposición ponemos nuestra modesta revista: A todos, nuestra salutación más sincera, nuestro cordial ¡SALVE!

LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECA FILMS

EL TEMPLO DE VENUS

PERSONAJES

INTERPRETES

Maria Dean	Mary Philbin
Connie Lane	Chyllis Haver
Peggy Dean	Alice Day
Denis Dean	William Walling
Nat Harper	David Butler
Stanley Dale	William Boyd

Son los labios de Venus tu fuente de ambrosía,
y es el seno de Leda tu nido de placer,
y nunca mejor honras, ¡oh Amor!, a la poesía
como cuando en tu trono se sienta una mujer.

GAV. DE SILVA

PREAMBULO

Apéganse poco a poco las parpagueantes lucécitas brillantes del azulado firmamento; de Oriente, entre la espuma blanquecina de una mar tranquila, surgen haces de luz que colorean la tierra virgen del Helicón; sonríe la naturaleza despertada por la Aurora; las alondras alzan el raudó vuelo y, con sus can-

tos, entonan un himno al día; las flores se abren, luciendo en sus corolas la perla de rocío que la Noche ha depositado al besarlas amorosa; las innumerables parejas de palomas, que anidan en la cúpula del palacio de Venus, se arrullan amorosas y del Valle de la Mitología, dedicado al Amor, a la Poesía, al Romanticismo, a la Belleza, cabe el Templo de Venus, gorjean las aves de mil colores, entonando alegre diana a la diosa de la Hermosura y del Amor.

El templo de Venus, situado en el centro del Valle del Helicón, es un espléndido edificio de jaspe y oro, morada de la diosa. Entremos en él.

En el centro de inmensa rotonda, cubierta con áurea cúpula, sostenida por varios órdenes de columnas de jaspe, cuyos zócalos y capiteles son de oro, está Venus, sentada en un banco, de jaspe también, cubierta sólo con tenuísimo velo, luciendo sus formas ideales, de una hermosura de ensueño.

A sus pies, echado en el suelo y desnudito, apoyando su mentón en su manecita izquierda, está Cupido, el travieso y plaído emisario de Venus, hermoso, de cabellos rizados. En su mano diestra empuña el arco, y lleva el carcaj repleto de flechas, atado en cordoncillo de seda colgado del cuello.

Un haz de rayos solares penetra por la inmensa claraboya, y ninfa, con su luz, todo el cuerpo de la diosa, haciendo resaltar su espléndida belleza. Oyense los cantos de los pájaros y el arrullo de las palomas, y se perciben

los effluvios balsámicos de todas las flores del valle, traídos en alas de la brisa. Venus sonríe y, como si su sonrisa fuese una evocación, aparecen un centenar de preciosísimas doncellas



Pulsa Eco hasta un rincón de la selva, allí se sentó...

a cual más hermosa e inician una danza voluptuosa alrededor de la matrona, al compás de una melodía ejecutada por Napea, ninfa de los bosques, que pulsa el escándalo, y dos ninfas más que suenan los platillos.

Venus sonríe y todas aquellas hermosas criaturas cesan en sus danzas. La diosa contempla a su pequeño emisario que, distraído, siempre

echado vientre a tierra, levanta sus piernecillas al aire. Y dice la diosa:

—¿Qué haces aquí ocioso, Cupido?

El geniecillo mira a su diosa y se incorpora de un salto.

—¡Señora!—contesta inclinándose.

—¡Vete y averigua si el Amor sentimental y la Juventud existen todavía entre los mortales!

Cupido hace una profunda reverencia y línzase fuera del recinto.

—Mientras dura la ausencia de Cupido—añadió Venus—que el templo vibre con la alegría de la risa, del baile y de la música.

Napen inició suavísima melodía con el escándalo y las niñas danzaron en torno de la Retna del Amor, orando sus carnes rosadas con los tenues velos con que se cubrían. Y mientras tanto, Cupido atraviesa el mar que separa el mundo de la Poesía del mundo real, sobre un blanquísimo cisne que lo lleva a lejanas orillas donde desembarca. Párase ante una casa de humilde apariencia; pero rodeada de nardos, madreselvas y rosales silvestres. Su puerta está cerrada; pero Cupido sabe que allí pueden hacer blanco sus flechas imantadas en el pecho de Venus: en aquella casa vive la familia Dean. Enristra el arco, coloca en él una flecha, apunta a la puerta, dispara y el rehilete queda clavado en ésta. Hecho esto, pone el arco bajo el brazo y el inquieto rapazuelo va a la playa, vuelve a subir sobre el cisne blanco y valse por el mundo a enardecer corazones.

Denís Dean, un campesino californiano, pasa tranquilamente su vida sin quejarse de su humilde condición, rodeado del cariño de los cuatro hijos que su amante esposa, fallecida hace ya cuatro años, le diera prolfica. Para conocer a la familia Dean entremos en el comedor a la hora del ágape familiar.

Sentados alrededor de la mesa están todos reunidos: Moria, la mayor, tan bella como discreta y hacendosa, tiene veintidós años; su rostro y su cuerpo son de una perfección absoluta que hace soñar en las bellezas helénicas; ha reemplazado a su difunta madre en el gobierno doméstico y sobre ella pesan las responsabilidades del hogar. Peggy, la segunda hija, agraciada, aunque no tanto como su hermana, es una joven de diez y nueve años, vanidosa y egoísta, para quien la vida no tiene más aliciente que esperar la aventura amorosa, cien veces soñada; pero su Adonis no acaba de llegar. El carácter superficial y ligero de Peggy contrasta con el formal de su hermana Moria.

Completan el cuadro de la familia de Den-



Los niños eran dueños de las cosechas

mis Dean sus dos hijos Ricardito y Luisín, de trece y ocho años, respectivamente.

Bastanos asomarnos al comedor, durante el almuerzo, para comprender que la unión y la paz reina entre los miembros de aquella familia ideal: el respetuoso cariño con que las hijas mayores hablan a su padre; la afabilidad con que tratan a sus hermanos menores y hasta la gracia que les hace a todos la manera como el pequeño Luis come confitura, untándose la cara y hasta la nariz, son la señal más evidente de que todos se quieren.

Terminada la comida, Peggy dice a su hermana mayor:

—¿Quieres lavar tú los platos, Moris, mientras yo voy a terminar mi costura?

—¡Con mucho gusto, Peggy!

Hubieronse, Moris a lavar la vajilla y Peggy a un cuarto apartado donde se sentó cómodamente y se puso a leer una novela titulada: «Una semana de amor».

Este detalle, vulgar en sí, pinta bien a las claras la diferencia de carácter de ambas jóvenes.

II

No lejos de la casa de los Dean, existe el acantilado contra el cual las olas se estrellan con fragores de tempestad. Entre los rascos las aves marinas hacen sus nidos: allí las gaviotas, el cuervo moñudo y el pellicano gris han establecido su reinado y se reproducen de un modo asombroso. Los habitantes del pueblecito costero respetan a estas aves, lo que ha permitido su exuberante multiplicación en beneficio de los habitantes y de la agricultura. Sabido es que estas aves acuáticas viven, además de los peces, de larvas nocivas a la agricultura, con las que alimentan a sus pequeñuelos, y de los mosquitos perjudiciales a las personas.

Además, los pescadores tienen un cariño especial al pellicano, símbolo del amor heroico. La hembra del pellicano hiere el pecho con su largo pico con el fin de alimentar a sus pequeñuelos con su propia sangre.

Nat Harper, el pescador de más fama de los contornos, había nacido y crecido en aquel medio abrupto y primitivo. Era Nat Harper joven de esbelta estatura y bella presencia y

aunque rudo, como hombre de mar, no dejaba de tener un atractivo muy singular por su cierto aire de distinción, muy poco en consonancia con su oficio y con las gentes con quienes se codeaba. Tenía muy buenos sentimientos y era amado por todos cuantos frecuentaban su trato.

Aquel día, Nat Harper, para ir desde la playa a su casa, quiso pasar por el acantilado. Desde lejos vió como dos hombres, que no parecían del pueblo, echaban pedradas contra las inofensivas aves, pisoteaban los huevos depositados en los nidos y mataban a las crías. Al ver tanta brutalidad, corrió hacia los que tal hacían y cogiéndoles por el cuello les dijo colérico:

—¡Ah, canallas!... ¿Cómo me dan de arrojos al agua desde aquí... ¡Cobardes!... ¡Matar a estas aves inofensivas!

Nat Harper propinó un punitapié a cada uno de aquellos hombres, en el lugar que excusado es nombrar, y les amenazó:

—¡Y que no volváis más por aquí si no queréis rodar por el acantilado hasta el mar!

Los cazadores desdichados, sin esperar otra amonestación, pusieron los pies en polvoreda, mientras Nat se disponía a proseguir su camino. Pero en aquel momento apareció ante él la hermosa Moria, la hija mayor de Dean.

—Nat, he visto lo que acabas de hacer... ¡Te felicito!... Has heredado de tu padre, a la par que su indómito valor, los buenos sentimientos... Bien has hecho en defender a las aves...

—¡Cuánto agradezco tus palabras, Moria!

¡Es la mejor recompensa que me podían otorgar por mi acción! ¿Vienes hacia el pueblo, que te acompañaré?

—No, aun tengo que hacer algunas compras y he querido ir por el atajo... ¡Adiós, Nat!

—¡Adiós, Moria!

Mientras ésta, con un cesto al brazo, fuese hacia el bosque, Nat se la quedó mirando con interés, pensando: ¡Ah! ¡Qué hermosa es Moria! ¡Es un ángel!

Al llegar la hija mayor de Dennis Dean al bosque, y en el momento en que se disponía a atravesar un límpido arroyuelo, vió como un pintor, vuelto de cara a un ángulo formado por la confluencia de dos montículos, pintaba aquel paisaje en una gran tela dispuesta en un caballete. La joven se situó detrás del pintor y contempló la tela. ¡Qué bien representado estaba aquel paisaje!... Pero llamó sobrenaturalmente la atención de la joven una diferencia entre el cuadro y la realidad: en la tela aparecía sentada sobre la verde alfombra una hermosísima mujer luciendo un cuerpo perfectísimo, en actitud de hablar. En el momento en que Moria avanzaba para contemplar la tela más a su placer, el pintor se volvió.

—Dispénsame usted, señor artista... No era mi intención distraerle...

—Al contrario, su vista me inspirará.

—El paisaje está igual que el natural; pero noto una pequeña diferencia...

—Usted dirá, joven.

—Esa mujer tan hermosa que aparece en el cuadro no la veo en la realidad.

—Tiene usted razón... Estoy pintando una alegoría de *El Eco*.

—¿El *Eco*?... Yo he oído la repercusión de la voz entre los desfiladeros de nuestras montañas; pero nunca he visto a nadie.

—*Eco* era una ninfa de los bosques...

—¡Ah!... ¿Sí?... No lo sabía.

—La Mitología nos habla de ella.

—¿La Mitología?

—La fábula griega... Siéntese a mi lado que le explicaré la historia mitológica de *Eco*.

—Con mucho gusto la oíré.

Moria se acomodó sobre el verde césped, el pintor, llamado Stanley Dale, dejó los pinceles y empezó su narración:

IV

Según la fábula griega, en otros tiempos los bosques estaban habitados por silfides, dríadas y ninfas de una sin par hermosura. Estas ninfas de los bosques adoraban como reina a Juno a quien rendían adoración, y esta reina, la más hermosa de entre todos los genios de los bosques, se complacía viendo correr y jugar por los bosques, como la brisa entre las ramas de los árboles, a las innumerables hermesuras que bajo su dominio estaban. Las ninfas eran dueñas de los bosques y en ellos juguetaban, reían, se refocilaban a su antojo cubiertas solamente con tenue gasa que permitía ver todas sus formas. Entre los árboles frondosos colgaban columpios formados con follaje y guirlandas de rosas y nardos y columpiálanse voluptuosas.

Entre las ninfas de los bosques, era Eco una de las más hermosas y más habladoras; ella siempre decía la última palabra. Siempre hablaba la última.

Un día Juno, al notar que su subordinada Eco pronunciaba, como de costumbre, la última palabra, díjole:



Jón, Neptuno S ibarano, Dios de las aguas, al sacar el agua se saludamos.

—Eco, ¿por qué insistes en ser tú la última que hable?

Una carcajada sonora como cascada de torrentera al caer de la altura, acogió estas palabras de su reina.

—Respóndeme, Eco—mandó la reina Juno—, quiero saber por qué motivo pronuncias siempre la última palabra.

—Porque me complazco en oír la resonancia de mi voz clara entre las frondosidades del bosque umbrío. Ni los trinos de los ruiseñores, ni las cantinelas de los mirlos, ni el dulce canto de los canarios y jilgueros, ni el musitar del céfiro murmurando entre las copas de los árboles, ni el susurro del agua deslizándose entre las guijas, ni siquiera la risa argentina de Cupido cuando él ha hecho blanco con uno de sus dardos en un corazón humano, nada de esto me complace oír tanto como mi voz meliflua resonando entre la agreste campiña. Al repetir mi voz en la espesura, los pájaros me contestan con sus trinos; el aura lleva mi voz a los confines del bosque; las flores parecen abrirse exhalando con más fuerza sus aromas, la cascada parece un acompañamiento a mi voz, y la naturaleza con sus mil ruidos diversos, armonizanse para hacer resaltar los sonidos de mi garganta; en una palabra, me complazco en oírme y en hablar siempre la última.

—¡Orgullosa!—exclamó Juno.

Sin embargo, aquella ninfa, la hermosa Eco, continuó diciendo siempre la última palabra.

Pero ¿eso es un cuento?—inquirió Moria viéndole sus hermosos ojos en los del pintor.

—Sí, un cuento para personas mayores—contestó Stanley Dale sonriendo.

Y dígame, señor pintor—volvió a preguntar Moria—, ¿y sólo había en aquel tiempo ninfas en los bosques?

—Había también náyades y nereidas, que vivían en las cavernas de la costa.

—¿Eran también mujeres?

—Mujeres eran y tan hermosas como pudo pintárlas la fantasía griega.

—Cuénteme algo de ellas, que me gozo en su relato.

—Escúcheme. Como le voy diciendo, las náyades y nereidas habitaban en cavernas naturales de abruptos acantilados bañados por el agua del mar. Al despuntar el alba, cuando el sol enviaba sus primeros haces de luz, apagando todas las lucecitas que habían hecho, juntamente con la luna, compañía a la Noche, las aguas de las orillas se iluminaban con los colores del Arco Iris, las náyades salían de sus grutas, y, al compás de una danza, entonaban este himno: *¡Oh, Neptuno soberano, dios de las aguas, al nacer el día, te saludamos!*

Entonces Neptuno aparecía sobre las aguas en un carro arrastrado por monstruos marinos y se adelantaba hasta la playa. Las náyades y nereidas le rodeaban reverentes.

Tetis, hija de Neptuno, era la reina de las nereidas y quiso poseer las perlas que se criaban en el fondo del mar, en el lago de las perlas escondidas.

—Padre—pidió Tetis al dios de las aguas—, desco-adornar mi cuello con las perlas que se crían en el islote de las perlas.

—Hija mía—contestó el dios—, tus náyades han de ir al fondo del mar a buscarlas.

V dirigiéndose a las hermosas súbditas de su hija, les dijo:

—Daré una recompensa a la que arranque al mar las perlas más bellas para la reina Tetis.

Todas aquellas bellezas corrieron a lo alto de la Peña más elevada y desde allí se arrojaron al mar zambulléndose hasta el fondo en busca de las perlas famosas que una de ellas logra arrancar del lago de las perlas.

Tetis se adorna con ellas y logra enamorar con los encantos de su belleza a Júpiter, esposo de Juno, que un día se aventuró a bajar hasta el mar.

Desde entonces, Júpiter ha quedado tan prendado de Tetis, que cada día atraviesa los bosques para entrevistarse con la hija de Neptuno.

Un día, Diana, la cazadora, iba con sus secuaces empujando el arco, cuando vió como Júpiter se dirigía a la caverna de Tetis. Diana siguió al dios y oyó como aquel decía a la bella hija de Neptuno:

—¡Eres adorable, Tetis!... ¡Tus cánticos me halagan, tu hermosura me seduce, tus náyades y nereidas me encantan!... ¡Me has seducido!

—¡Júpiter—le contestó la hermosa Tetis, halagadora—, enviaré palomas que nos traigan néctar del Olimpo!

Las subordinadas de Tetis cogieron dos palomas blancas cada una y las soltaron. Y mientras esperaban el dulce néctar del Olimpo, Júpiter recostaba su cabeza en el pecho de la reina Tetis, escandalizando a Diana y a sus cazadoras, quienes corrieron al bosque para avisar a Juno, esposa de Júpiter, de que su marido le era infiel.

—¡Juno—le dijo Diana, la cazadora—, Júpiter está en los dominios de Tetis!

—¡Seguidme y sed mis testigos!—mandó Juno a sus ninfas, entre las que se hallaba Eco—. Y sobre todo guardad silencio durante el camino. Quiero sorprender a mi esposo en brazos de Tetis. Te recomiendo que selles tu labio, Eco. ¡Cuidado con tu lengua!... Y ahora ¡adelante!... ¡hacia la caverna de Tetis!

Juno avanzó rodeada de sus ninfas y cuando ya faltaba poco para llegar a la caverna de Tetis, oyóse en ésta resonar una voz, lo que hoy decimos un eco, que decía: *Juno se aproxima, Júpiter*. Pero la reina de las náyades y nereidas dijo al dios:

—Nada tienes que temer mientras estés en las cavernas de Tetis. Dame un beso en prenda de amor.

Júpiter languideció de placer en brazos de Tetis y ésta le dijo:

—¡Mira!... ¡A mi mandato, se alza una mágica muralla que nos sustraerá a las miradas de Juno!

Y así fué. Juno y sus ninfas que avanzaban hacia la gruta de la reina, se vieron de pronto paradas ante una altísima muralla.

—¡Alguien me ha traicionado!—exclamó Juno irritada.

Eco se puso roja como la grana y bajó la cabeza avergonzada.



... que se halla recostada en un carro dorado.

—Tú has sido, tú—pronunció la reina de las ninfas señalando a Eco que permanecía aterrada—. ¡Tu lengua ha delatado mi presencia en estos lugares! Como castigo, perderás el don precioso del habla, y por siempre jamás has de ser el eco de la última palabra que se te dirija. Te destierro para siempre... ¡Vete...

y que de hoy más no seas más que el eco de la palabra humana!

Fuése Eco corrida hasta un rincón de la selva, allí se sentó y fue languideciendo, languideciendo hasta que no quedó de ella nada más que la voz. Y desde entonces vive en la selva, en las cavernas y en los despeñaderos, siempre dispuesta a repetir la última palabra que allí se hable... ¿Le ha gustado la historia mitológica del eco, señorita?—preguntó a Moria el pintor.

—¡Ay, sí, mucho!... De modo que esa mujer tan hermosa que usted ha pintado sentada en el bosque representa a Eco.

Sí, es un símbolo del eco.

—Le doy las gracias por haber sido tan amable conmigo, por haberme contado una historia tan bella; pero le he hecho perder mucho tiempo y debo irme.

—No, no; su presencia me es aún más agradable de lo que era Tetis a Juno.

—Usted lo pase bien, señor artista—dijo Moria, levantándose.

—Me llamo Stanley Dale.

—Y yo Moria Dean.

—¡Adiós, señor Dale!

—¡Hasta más ver, señorita Dean!

VIII

Mientras Cupido va de puerta en puerta disparando sus flechas encendidas, y en estas andanzas llega a casa de Connie Lane, una virgen joven e impetuosa. Cupido ve que la casa de Connie está como envuelta en una tela de oropel y la influencia de sus dardos es auxiliada por la preocupación de la bella Connie, advirtiéndole a Cupido que debe ir a otra parte en busca de la Juventud y del Amor sentimentales.

Venimos quien es Connie Lane.

Son las doce de la mañana. La criada penetra en el dormitorio de Connie, que se hallaba recostada en un carro dorado, a quien despierta.

—Otra vez que me acueste a las cinco de la mañana, no quiero que nadie me despierte.

—¿Desea la señora una ducha o un baño caliente en el estanque perfumado?

—Sí, prepárame el baño.

Un momento después la señora Connie penetraba en un estanque de agua tibia intensamente perfumada.

Mientras se vestía, después del baño, una de las sirvientas la avisó:

—El señor Philip Grayson espera a la señora.

—¿Que espere!

Philip Grayson es, a la sazón, el predilecto de Connie para bailar el jazz y lo mira, sin afecto, con el mismo cariño que mira a Lulú, su perrita falderu.

Philip Grayson, es un tipo vulgar y mal educado, vestido de señorito, cuyo único mérito es bailar admirablemente el jazz. Al llegar a casa de Connie, con un tono de vulgaridad desconcertante, dice a la sirvienta:

—Mary, ¿sabes una cosa?... ¡Que me parece la encarnación perfecta de Venus!

—¡Oh!... Es usted un devoto de esa diosa, porque siempre que llega usted me dice lo mismo...

Al entrar Philip al gran salón topó con otra sirvienta, Ana, la camarera, a quien dijo con galantería:

—¡Ana, a mis ojos eres absolutamente la encarnación perfecta de Venus!

—El señorito—le contestó la doméstica—se ve que sólo conoce, de la Mitología, a la reina de la hermosura. Pero confundirme con ella... ¡Debe ser corto de vista!

Philip fué introducido a presencia de Connie Lane, quien llevaba a Lulú en brazos y por todos buenos días le espetó la lección que se veía sabía de memoria:

—¡Oh, Connie!... ¡Tu figura me recuerda la sin par belleza de la incomparable Venus!

—¿De veras? Entonces lleva a Lulú, que afea mi persona, pues una Venus con un perro en los brazos es cosa muy vulgar.

V diciendo esto Connie puso su perrita en brazos del bailarín, que se quedó como atontado.

—No quería acariciar tu perra, sino a ti.

La displicente vinda marchó dejando a su compañero de baile en compañía de su perrita. ¡Los dardos de Cupido no habían hecho blanco en el corazón de Connie Lane!

IX

Pero el travieso emisario de Venus había hecho llegar la influencia de sus encendidos dardos al apacible hogar de Dennis Dean. Moría, la mayor de sus hijas, ha sentido tintilar en su alma un sentimiento nuevo, como el aleteo del rapazuelo de la diosa del Amor, que ha producido en su corazón un aura de castos anhelos, traducidos por los hondos suspiros que se escapan constantemente de su pecho. Dos sentimientos pugnan por apoderarse de su imaginación, haciéndole pasar noches de insomnio. Por un lado parecele ver al apuesto marinero Nat Harper, amenazar con sus puños como mazas a los dos cazadores que pisoteaban los nidos de los cuervos moñudos y de los pelícanos grises; el buen corazón y valentía del mozo le habían llegado al alma sin poder analizar el sentimiento que por él sentía; ¿era admiración?... ¿era amor?... ¿Quién sabe!

El otro sentimiento que le ocupa, aun con más fuerza, lo constituye el pintor Stanley Dale, cuyo nombre no se le ha escapado de la memoria. Rememora con fruición las circunstancias del casual encuentro con el artista;

la historia del eco que él le pintó con los colores de su ardiente fantasía, según se cuenta en la fábula griega; sus altos conceptos habiéndole del amor y la declaración de su nombre. Y al recordar todas estas circunstancias las palpitaciones de su corazón repercuten en sus sienes abrasándole el pecho con deseos desconocidos; y piensa: ¡Esto es amor!

Aquella tarde Nat Harper y Maria Dean estaban sentados en un peñón bañado dulcemente por las aguas del mar que venían a lamer su base.

—Nat, mira como se arremolinan las nubes empujadas por el viento... Aquel nubarrón parece un buque fantasma...

—¿Fantasmas ves a estas horas?

—Me parece ver en la arena de esta playa a las nereidas, echadas al sol...

—¡Tú sueñas!

—Me gustaría que volviesen aquellos tiempos para ver náyades bailando sobre la arena al son de la brisa.

—Pero ¿quién te ha contado esas patrañas?

—A estas horas se despedían del sol mandándole besos...

—Pero te pregunto que ¿quién te ha engañado?

—La Mitología...

—¿Quién es esa señora?... ¿Es del pueblo?... Pues dile de mi parte que no te enrede.

—No es ninguna mujer, Nat, La Mitología es una fábula griega, como un cuento...

—¡Ah!... ¡un cuento!

—Pero tú sabes que todos los cuentos encierran una enseñanza práctica, una lección aprovechable.



Aquella tarde, Nat Harper y Maria Dean estaban sentados en un peñón...

—¿Y qué lección es esa?

—La vida vegetativa y de los sentidos es tan material y tan grosera que para elevarla, para exaltarla, para espiritualizarla, es cierto modo, debemos mirarla bajo el prisma de la poesía; poetizar la vida, en una palabra.

—No te entiendo, Maria.

—Porque cuanto más grosero es el hombre menos entiende estas cosas.

—¿Cómo?

—Contemplas el firmamento en noche serena y lo ves tachonado de innumerables luccitas que parpadean cuando las miras.

—¿Las estrellas?

—Sí; pero yo las miro bajo el prisma de la pocaña y me parece ver la pupila de mi madre siñunta que me contempla.

Nat sonrió escéptico y Moria prosiguió sin apercibir la sonrisa de negación del marinero.

—Vas por el bosque de mañanita, al lucir los primeros rayos del sol y oyes cantar a los pajaritos. ¿No es más hermoso y consolador pensar que aquellos trinos son un himno al Creador, como la oración de la mañana de las aves?... Mira las olas como se rompen, parecen ondinas jugueteando con la espuma.

—Vaya, Moria, déjate de ondinas, de cuentos y de mitologías y vámonos, que el sol se esconde ya y llegaríamos tarde a casa.

Los dos jóvenes se despidieron y Moria volvió a su hermosa y apacible casa paterna. Al lado mismo de la casa pasa un riachuelo donde sus dos hermanitos Ricardo y Luis están el primero pescando y el segundo con el perrito en brazos, al que hace ladrar estirándole el rabo.

—Luis dice Ricardo enfadado—, ¿cómo quieres que pesque con los ladridos del perro?

En aquel momento llegó un jinete ante la puerta de la casa del señor Dean. Moria, que le vió, dijo a su padre:

—Papá, es el señor Dale, el pintor.

—¿El pintor? Pues francamente, no sé quien es.

Stanley Dale se apeó, saludó a Moria con muestras de gran cordialidad a cuyo saludo correspondió ella en igual forma, y luego le presentó a su padre.

—Papá, el pintor señor Stanley Dale.

—Muy señor mío.

—Señor Dean, desearía que la señorita Moria me sirviese de modelo para un cuadro.

—Si ella no se opone no tengo ningún inconveniente.

—Muchas gracias, señor Dean; su hijo no se ha de oponer, estoy seguro de ello.

—Me gustará mucho que me ponga en un cuadro—dijo ingenuamente Moria.

—Mañana la vendré a buscar para acompañarla a mi estudio.

X

Al día siguiente está Moria en el estudio del señor Stanley Dale. Pero Nat Harper, que ha visto salir a la joven de su casa en compañía del pintor, la ha seguido y ahora observa por una vidriera, desde la calle. Una tempestad de celos se promueve en su alma. De buena gana entraría y arrancaría a la joven de aquel lugar.

Vió como el pintor indicaba a Moria la posición en que se debía poner para empezar un cuadro. Nat hubiera querido oír las palabras del artista que la joven recibía con una sonrisa. Oigámoslas:

—Señorita, ¿nadie le ha dicho nunca que es usted muy hermosa?

—¿Nadie, señor Stanley!

—Pues ¡égalo ahora! es usted la mujer más linda que yo haya contemplado en mi vida.

—¿Es adulación?

—Es la verdad, señorita Moria; y voy a tener el gusto de servirle de su rostro para representar en este lienzo a la diosa del Amor y de la Hermosura.

—¿Así, con este vestido?

—Sin él fuera usted más linda; pero basta que se descubra hasta el nacimiento del pecho... Su rostro me servirá para representar a Venus, lo demás lo hará mi fantasía.

Obedeció la hermosa modelo. Una oleada de sangre fluyó al rostro de Nat Harper cuando vió que la mujer que él amaba se descubría más de lo conveniente y una idea de venganza germinó en el pecho del joven marino, quien se dirigió a casa de Dennis Dean.

Empezó el pintor su esbozo y aun no lo había terminado cuando se presentó en el estudio la viuda Connie Lane, con aires de orgullo y grandeza que contrastaban con la sencillez e ingenuidad de Moria. Al ver a la modelo sonrió con lástima e hizo un gesto de desprecio que no pudo saber muy bien a la hija de Dean.

—Buenos días, amigo Stanley—saludó con familiaridad Connie, acercándose cariñosa al pintor, y, señalando despectivamente a la modelo, preguntó:—¿Y es *esta*... la razón que te ha impedido venir a la fiesta de la playa?... ¡Valiente mamarracho!

—¿Connie—amonestó Stanley—, no permito que en mi estudio...

Avanzó Moria hasta Connie y ambas mujeres miráronse amenazadoras, esgrimiendo las armas más punzantes y que más daño hacen cuando se hunden en el corazón de una mujer: la risa sarcástica.

—¡Miau!—exclamó Connie volviendo la espalda a la mujer que le parecía su rival—. ¡El gatito tiene los ojos abiertos!

—Sí—replicó Moria—, y está mirando a

una gata rabiosa. Señor Stanley, con su permiso me retiro. Puede usted utilizar a esta gata como modelo.

—Señorita Moria, espero que usted me dedique otras sesiones para mi cuadro.

V acompañándola a la puerta prosiguió:

—Mañana por la tarde la esperaré a usted enfrente de la isla de las focas de que usted me ha hablado.

—Después de comer iré frente a la isla y tendré mucho gusto en acompañarle.

—Muchas gracias, Moria, y siento en el alma que una mujer vulgar se haya permitido faltarla en mi estudio.

—No se preocupe por ello, señor Stanley. ¡Me permite preguntarle qué viene a hacer aquí esta mujer?

—No tenga celos de ella...

—Los tengo de usted, señor Stanley.

—¿De veras?

—¿Quién manda al corazón?

—Sus palabras, Moria, me dan la vida, porque mi corazón...

—¡No diga más!

V Moria puso su linda mano delante de la boca del pintor como para tapársela.

Moria salió del estudio del pintor Stanley con el corazón palpitante de gozo. Todo su ser experimentaba una sensación no sentida hasta entonces, pues se veía correspondida por el hombre a quien ella amaba.

Al llegar a su casa, su padre le dijo:

—Moria, se han acabado las sesiones en el



...las volúmenes, basculando sobre la sien, al son de la brisa.

taller del pintor... Te prohibo que vuelvas a verle. ¿Me entiendes?

—Francamente, no le entiendo.

—Las gentes empiezan a murmurar de tus visitas al estudio del señor Stanley.

—No sé como pueden criticar mis visitas, cuando le he hecho una solamente.

—¡Pues no la repetirás!

—Haré cuanto usted quiera; pero no quiero creer que las gentes empiecen a criticarme por faltas no cometidas.

—¿En qué situación te ha querido pintar?

—No le entiendo.

—Pues yo diré a ese señor que es un perfecto sinvergüenza.

—No veo por qué.

—Ha querido pintarte de un modo poco decente.

—Eso es falso. El señor Stanley me ha hecho desabrochar el cuello; pero nada más; ni él se hubiese permitido exigirme otra cosa ni yo se lo hubiese permitido. El señor Stanley es un perfecto caballero.

—No piense así Nat Harper.

—¡Ah!... ¡Ya comprendo!... ¡Papá, no me hables más!

Comprendió Moria que el marino, por celos, había influido cerca de su padre para que le prohibiera volver al estudio del pintor, y de ello se convenció, cuando al día siguiente, se halló en la playa juntamente con Stanley y Nat.

XI

Desde que Cupido clavara su dardo en la puerta de la casa del señor Dean, Peggy suspiraba de día y sueña de noche por encontrar al galán de sus pensamientos. Su espíritu, enardecido por la lectura de novelas amorosas, forja un ser ideal que ha de venir a llamar a las puertas de su corazón, virgen aun en las lides del amor; pero el doncel no llega y Peggy se entristece.

Ahismada en sus pensamientos iba por la playa cuando, al quererse mirar al espejo de su cartera o bolso se le cayó el pañuelo.

Un joven se le acercó, recogió el pañuelo del suelo y se lo presentó a Peggy, diciéndole:

—¡Su pañuelo, señorita...!

—Peggy Dean me llamo.

—¿Sabe usted, señorita Peggy, que me parece usted la encarnación perfecta de Venus?

La joven no esperaba nada más y echó una carcajada de satisfacción, y luego replicó:

—¿Está usted cierto, señor...?

—Philip Grayson, profesor de «jazz», para adorarla, señorita Venus... digo, Peggy.

—¡Qué gracioso!... ¿Con que es usted profesor de jazz?

—¿Quiere usted que le enseñe a bailar?

—Quiero que usted me acompañe en mi paseo.

—De mil amores, señorita.

—¿Cómo se le ha acudido a usted compararme con Venus?

—Por una verdadera genialidad... digo, casualidad. Iba yo pensando en la diosa del Amor, que, como usted debe saber, era la mujer más hermosa de cuantas han existido...

—¿Ha existido Venus?

—En la mente de los poetas griegos.

—Y dice usted que iba pensando...

—En Venus, figurándomela hermosísima, cuando de pronto, veo a usted y me dije: ¡ese es!

—Tiene gracia, porque yo también andaba pensando en Adonis cuando le vi a usted que me pareció una evocación de mi espíritu.

—Bueno, señorita, dice usted eso de veras o se chanzas usted.

—¡Formalísima!...

—¡Señorita Peggy, es usted mi ideal!

—Pues me complazco en saberlo, porque yo también estaba buscando mi pareja...

—¿De jazz?

—Matrimonial.

—Mañana la presentaré a mis amigos como mi novia y a fe que más de cuatro van a rabiarse.

—¿Ellas o ellos?

—Ellas de despecho y ellos de envidia.

—Bueno, señor Grayson, hasta mañana. Yo debo irme.

—Si a usted le parece bien, podríamos volvernos a encontrar aquí a esta misma hora.

—¡Volveré!

Peggy Dean y Philip Grayson volvieron a verse varios días seguidos, jurándose amores, sellando promesas con sus labios y arrullándose en un pensamiento de próximo matrimonio.

Moria no volvía al estudio de Stanley Dale; pero comunicaba constantemente con él por medio de una correspondencia muy activa para la que servía de correo Ricardito, el hermano de Moria.

XII

Estamos en la época del año en que el gobierno de los Estados Unidos prohíbe la caza de la foca; sin embargo, algunos cazadores furtivos aprovechan la soledad que de ordinario reina en la isla y se dedican a cavar este anfibio, cuya piel es tan apreciada. Para perseguir a los cazadores furtivos el gobierno manda al pueblo donde reside Dennis Dean, a media docena de agentes de policía quienes aprovechan el concurso de Nat Harper con este objeto.

Sin razón la llaman la isla de las focas, pues es un peñón unido al continente por un brazo de tierra que desaparece bajo el agua durante la alta marea. De modo que es una diminuta península en la baja marea e islote en la marea alta. Las focas que, como es sabido, viven parte del día dentro del mar y parte fuera, como animales anfibios que son, pueblan todo el islote, y, cuando el brazo de tierra que une a éste con el continente, queda al descubierto por la marea baja, las focas pululan en el pequeño istmo y llegan hasta las peñas de la costa, y es entonces que los cazadores furti-

vos se dedican a la caza de la foca, contraviniendo a las leyes de la república.

A la caída de la tarde de aquel día, Nat y los agentes de policía se dirigieron a la llama-



Una tempestad de celos se promueve en su alma (pág. 39).

da isla de las focas. De lejos, ya antes de llegar a la playa, oyeron algunos disparos; no había duda que alguien se dedicaba a caza furtiva de focas. Avanzaron los agentes guiados por Nat Harper. Al llegar a la playa vieron a seis hombres que se dedicaban a la caza prohibida y hacia ellos se dirigieron. Al verse descubiertos, los cazadores echaron a correr

hasta la cima del acantilado, los policías disparaban sus pistolas contra los fugitivos, quienes les plantaban cara contestando con sus carabinas. Los policías lograron al fin dar muerte a uno y apresar a los otros cinco. Pero al ser capturados los cazadores hirieron a Nat Harper. Súpolo Moria y fué a verle; lo que hizo creer al marino que la joven le quería.

—¿Estás herido, Nat?

—No ha sido nada, Moria; otra herida mayor tengo invisible que me causa un daño mucho mayor que ésta de la cabeza.

—¿Dónde tienes esa herida tan escondida?

—¡Aquí!

Y Nat Harper señaló el lado del corazón.

—¿Herida del corazón?... ¡Difícil de curar es a fe!

—Según quien la ocasione.

—No me atrevo a preguntarte la causante, aunque supongo debe ser mujer.

—Mujer es, y tan ingrata que nunca creyera lo fuera tanto.

—¡Olvídela!

—Si al corazón se le pudiese mandar...!

—¿Ella le abandona a usted?

—Nunca le he confesado mi amor...

—¿Entonces!...

—Pero yo la amo...

—¿Y cómo sabe usted que ella no le quiere?

—Porque la he visto flirtear con otro, con un pintor...

—¿Sería tal vez el pintor Stanley Dale?

—El mismo.

Moria se ruborizó de tal modo que para di-

simular quiso cambiar el tema de la conversación, y, mientras Nat Harper se regocijaba interiormente, pensando que la joven había comprendido aquella declaración de su cariño, suscitábase en el pecho de Moria una verdadera borrasca de celos: «La mujer a quien ama Nat—pensaba—flirtea con el pintor... Acaso sería la mundana que me insultó delante del señor Stanley...» Moria bajó la cabeza y quedó un tanto pensativa; silencio que el marino atribuyó a natural recato de la mujer que había comprendido su indirecta.

—¿Qué le parece el proceder de aquella a quien yo amo?

—Nat, es una cosa muy natural. Usted la ama y no se le ha declarado; pues ella es libre de entregar su corazón a quien bien le parece.

Nat Harper no contestó; halló la respuesta de la joven perfectamente natural. Estuvo para decirle: «Moria, yo la amo»; pero quedó un momento pensativo y repitió:

—¡Es una cosa natural... naturalmente!... Bueno, ¡adiós, Moria!

—¡Adiós, Nat!

Moria fuése a su casa torturada por la idea de los celos que parecerían enroscarse en su alma como un manojo de serpientes venenosas. No había duda que ella amaba a Stanley Dale con un afecto puro, desinteresado que hubiese elevado hasta el heroísmo del sacrificio de su propio ser por el ser amado; pero de golpe vió todas sus ilusiones por el suelo. Pensaba así y pensaba mal; porque el pintor Stanley Dale no le había dado ningún motivo para

que Moria dudara de su cariño; pero el efecto producido en el alma por los celos es completamente destructor. Nada tan funesto como esa lepra familiar destructora de la felicidad conyugal, tanto más irracional cuanto que se basa en ideas completamente infundadas. Pensaba Moria no acudir a la cita que el pintor le había dado aquella noche frente a la llamada isla de las focas y con esta idea llegó a su casa dispuesta a escribir a Stanley en este sentido; pero al ponerse a redactar la carta en este sentido, díjole precisamente lo contrario de lo que había dispuesto escribirle. Y es que su mente se sublevaba contra la idea de servir de juguete al capricho del artista; pero al no tener pruebas evidentes, su pluma actuó impulsada por los anhelos de su corazón, y escribió:

Mi distinguido amigo: Es con verdadero placer que acudiré esta noche, después de las diez, frente a la isla de las focas.

Su buena amiga que no le olvida,

Moria.

Moria llamó a su hermano Ricardito y le dijo:

—Lleva esta carta al señor Stanley, el pintor que vive en el chalet de las afueras... Pero dásela a él mismo y no digas nada a papá.

—¿Y qué me darás por ello?

—El domingo próximo te llevaré a la playa y daremos un paseo en la barca de Nat Harper.

—Entonces voy corriendo.

Al mismo tiempo que Moria escribía a Stanley, Philip Grayson, el lechuguino que vela en todas las hijas de Eva genuinas representaciones de Venus, escribía a Peggy Dean, la casquivana hermana de Moria:

Querida nita: Si me amas como me has dicho tantas veces y como yo a ti, esta noche te espero en la peña del Arco, cerca de la isla de las focas; allí tendré preparada una barca y huremos en busca de la felicidad... No olvides de preparar tus efectos particulares... Es el único medio de casarnos, ya que, como dices, tu padre se opone a nuestro casamiento. ¿Vendrás, hermosa Venus?

Ya sabes que te adora tu amante

Philip.

El mismo hizo llegar esta carta a las propias manos de Peggy, y para ello estuvo rondando la casa de su amada y se la entregó, aprovechando un momento en que Peggy salió para ir a buscar agua al reguero, con honores de río, que pasaba al lado de la casa paterna.

Peggy Dean se alegró sobremanera de la solución que su novio le proponía para alcanzar la felicidad. Con el corazón herido por las flechas del travieso emisario de Venus, no pensó en las funestas consecuencias que una fuga con su amante pudiera acarrearla. Y es que al corazón enamorado se le ofusca la razón, cuando el amor no es la resultante de una pasión templada en la verdadera virtud.

XIII

Aquella noche la luna parecía brillar con destellos nuevos; su luz refulgente rielaba en la mar agitada y las olas se estrellan entre los peñascales de la costa, convirtiéndose en cascadas de espuma con ruidos de huracán.

Frete a la llamada isla de las focas existe una peña horadada practicable que se interna en el mar, a la cual los naturales llaman la peña del Arco. El camino que desde la playa conduce al pueblo, pasa por dentro de aquel arco o túnel natural y serpentea en zig-zag por la falda de la montaña cual inmenso reptil que se desliza para ir a beber en la playa. Cuando el cielo está sereno y la mar tranquila este camino constituye un lugar muy lindo y a propósito para expansionar el ánimo en la contemplación del bellissimo espectáculo que ofrece la inmensidad del mar; pero cuando la mar está revuelta, el camino, en su parte baja, hácese poco menos que impracticable.

En la noche que nos ocupa, cerca de unos peñascos, sobre la arena, está varada una barca y de pie, apoyados en la quilla y fumando una pipa, dos marineros parecen aguardar a alguien para darse a la mar.



Valiente marinerito (c. 1890)

—El cielo está endiablado, Pedro.

—Yo no sé qué prisa tiene en salir esta misma noche este señor Philip.

—¿No nos jugará el viento una mala partida?

—No es posible, pues no hay mar de fondo; el mar está muy yrizado y... nada más.

—Pero una barquilla tan chiquita como la tuya...

—No tengas miedo; se trata nada más de doblar el cabo y desembarcar al señor Philip y a su amiga en la playa.

—Con este tiempo no hacemos esta operación en seis horas.

—Si se embarcan a las once yo te aseguro que habremos doblado el cabo a las tres de la madrugada y a las cuatro ya les hemos puesto en tierra.

—Si no fuese...

—Por los diez dólares.

—Eso es; no me pescabas tú para remar esta noche; pero por diez dólares vale la pena de perder una noche.

—Me parece que por el atajo viene el señor Philip.

—¿Solo?

—¡Mira!

—Debe esperar a su compañera.

Entre los peñascos cercanos a la peña del Arco se veía la silueta de un hombre. Era Nat Harper que parecía esperar a alguien.

Más hacia la peña del Arco, tras una enorme piedra que domina el camino, escondese Philip Grayson, quien espera a su novia para fu-

gerse con ella, según el plan preconcebido; pero ha visto a Nat Harper y procura esconderse a sus miradas, por el temor de que el marino impida el llevar a cabo la huida. Nat se pasea nervioso avizorando la parte del camino que se domina desde el lugar que ocupa semi-escondido.

En el momento en que Nat miraba la hora en su voluminoso reloj de bolsillo, el viento trajo hasta su oído las diez campanadas del de la torre del pueblo. «No han de tardar»—murmuró, y volvió a examinar hacia la peña horadada. Minutos después de las diez vio llegar a un hombre hacia el lugar en donde él estaba, se ocultó aun más y esperó. Cuando le vio cercano salió de detrás de la peña y pudo ver que era la persona a quien parecía esperar. Se adelantó y el recién llegado hizo un movimiento de sorpresa que no quedó desapercibido para Nat, quien saludó al recién llegado con cierto retintín amenazador:

—¡Buenas noches, señor Stanley Dale!

—Buenas noches, Nat.

—Con que... esperando a alguien ¿eh?

—No tengo por costumbre el contestar a preguntas capciosas y menos impertinentes.

—De lo cual me alegro mucho, porque así me veré en la precisión de contestar yo mismo a mi pregunta, y con ello estoy seguro de que usted no me engañará.

A la claridad de la luna, Stanley Dale notó que las pupilas del joven marino brillaban de un modo siniestro y que en su rostro se pintaba una sonrisa diabólica. Como hombre que

está acostumbrado a observar los sentimientos del alma humana a través de las facciones, como buen pintor y excelente psicólogo, apercibió en la faz de Nat y sobre todo en su frente arrugada y en su mirada airada, un fondo de odio y rabia mal reprimidas por una tranquilidad aparente. En vez de contestar a las palabras del marino, Stanley alzó los hombros de un modo despectivo e hizo ademán de proseguir hacia la playa; pero Nat le cogió del brazo y prosiguió:

—¿Está usted esperando una visita y sentiría en el alma haberle molestado.

—¿Déjeme usted en paz!

—¡En paz!... En paz quiero que deje usted a la mujer a quien espera...

—¿Con qué derecho se mezcla usted en mis asuntos?

—En los míos, querrá usted decir, porque debe usted saber que esa mujer a quien aguarda me interesa.

—¿Quién le ha hablado de ninguna mujer?

—Yo... A mí no me engaña usted... Sepa que el hermanito de Moria me ha enterado de todo.

Al oír este nombre Stanley palideció, pero quiso disimular y con aire indiferente, en apocriencia, repitió:

—¡Bah!... ¡Déjeme usted en paz!

—Ricardito me dijo que había llevado a su estudio una carta de Moria, y yo sé que en esa carta se aceptaba una cita propuesta por usted a su hermana.

—Bien, ¿y qué le va a usted en ello?

—Me va la felicidad... Señor Stanley, no es este el sitio ni la hora más a propósito para citar a una joven llamada como Moria y, como ella, buena y sencilla.

—Le repito que se vaya usted con viento fresco y me deje usted en paz.

—Antes quiero que usted regrese a su chalet y me deje el campo libre, ¿lo oye?

—¿Amenazas a mí?

—No permito que usted se quede un minuto más, sino...

Nat, con las manos apretadas, cuadróse con aire amenazador. Stanley sonrió con desprecio y quiso continuar su camino hacia la playa; pero el marino le cogió por el brazo, deshaciéndose de él el pintor con un fuerte empujón. Rugió Nat y se volvió hacia el artista con los brazos en alto, a lo que contestó éste con un tremendo puñetazo bajo las mandíbulas de aquél. Los dos hombres se agarraron y empezaron a darse puñetazos con toda la fuerza de sus brazos. Como fieras en rabia, cuando sus brazos se cansaban, se separaban y agachándose, rechinando los dientes y con los ojos chispeantes, se arrojaban de nuevo el uno sobre el otro y reanudaban la lucha: así varias veces, hasta que rodaron los dos entre las peñas, continuando la lucha en el suelo, con alternativas de dominio. Al fin ganó el más fuerte. Nat pudo sujetar bajo sus rodillas al artista y con una cuerda que a la cintura llevaba enrollada, ató los pies, y a las espaldas las manos, y lo llevó hasta su barca que estaba atracada a la arena entre dos peñascos. Va acomodo-

dado Stanley en el fondo de la lancha. Nat la empujó dentro del mar, saltando a ella, y remó hacia unos peñascos que emergían, durante la marea baja, más allá de la isla de las focas. Cuando hubo llegado a los peñascos cargó con el pintor y le desembarcó dejándolo en una de aquellas rocas, y luego él volvió a la orilla. En aquel momento la marea estaba en su período de ascenso y no había de tardar mucho en cubrir el peñón donde yacía el desventurado Stanley Dale.

Philip Grayson, desde su escondrijo, había podido seguir todas las fases de aquella lucha y aprehender lo que el marino había hecho con Stanley. No se atrevió a intervenir a favor del pintor por miedo de no verse perjudicado. Temblando estaba cuando vio llegar por el atajo a una mujer. «Será Peggy»—pensó, y ya se disponía a ir hacia ella cuando vio a la claridad de la luna que era su hermana Moria, y se acurrucó entre las peñas. Vio como Moria miraba a uno y otro lado muy cerca de donde él se ocultaba.

Moria, al no ver al hombre que buscaba iba a volverse; pero le pareció que hacia aquel lugar se acercaba una mujer llevando una maleta y esperó. Cuando la de la maleta estuvo más cerca, a Moria le pareció que soñaba. Su hermana Peggy, con vestido de viaje y con una maleta en la mano avanzaba hacia la peña del Arco. Fue corriendo hacia ella.

—Peggy, ¿dónde vas a estas horas?

—¡Tú?—exclamó Peggy.

—Dime dónde vas con esa maleta.

Peggy no contestaba. Philip, oía perfectamente la voz de la joven y temblaba como el azogue.

—Te has vuelto loca, chiquilla... Pero dime ¿dónde vas a estas horas?



Comprendió Moria que el marino, por celos, había inflado cerca de su padre... (sig. 3b)

—¿Y tú?

—Venía a buscarte—mintió Moria—. Te vi salir de casa y corrí en tu busca... ¡Ay, si papá se enterara!

—Pues para que no se enterara marchaba.

—¿A dónde?

—Me iba con Philip...

No terminó la frase, porque éste, saliendo de su escondrijo para poner por obra una idea genial que había lucido en su menguado cerebro, dijo:

—¡Señorita!...

—¿Con este mamarracho?

—No cuadran estas palabras despectivas en esa boca de Venus. Nos vamos para casarnos.

—Peggy, ¿tan necia eres que crees que esta sombra de... hombre se casará contigo? Cástate con un *hombre*; pero no con un *avestruz*.

—Señorita Moria—interrumpió Philip queriendo poner por obra su pensamiento genial para que Moria no fijase su pensamiento ni en él ni en su hermana—el pintor Stanley Dale está en peligro de perecer, pues Nat, el marino, le ha llevado atado de pies y manos a una roca más allá de la isla de las focas.

—¿Qué dice usted?

—Lo que oye... Si usted no acude presto perecerá porque la marea sube y no podrá salvarse de ningún modo.

El efecto de aquellas palabras había sido fulminante. Moria, alocada, echó a correr hacia la playa gritando:

—¡Stanley!... ¡Stanley!

—¿Dónde va?... ¿Dónde va, Moria?—le preguntó Nat, que acababa de atracar su lancha en la arena.

—¡Usted ha sido!—gritaba Moria, furiosa. Temiendo que Moria hiciese alguna barba-

ridad arrojándose al mar para salvar al pintor, Peggy y Philip corrieron tras ella.

—¿Qué ha hecho usted de Stanley Dale?

—Le ató de pies y manos—dijo Philip entrometiéndose en la conversación—y le dejó en la roca del Diablo para que las olas le ahoguen.

—En vez de meterse usted en mis asuntos más le valiera que dejase en paz a esa joven.

—Y usted—replicó Moria—en vez de representar el papel de héroe metiéndose a redentor, explíqueme qué ha hecho de Stanley Dale.

—Lo hice por ti, Moria—le contestó Nat—intendiéndola cariñosamente—, para salvarte de él.

—¡Malvado!—rugió la joven echando a correr hacia la orilla en actitud de arrojarse al agua.

—Nat corrió hacia ella vocando:

—¿Estás loca, Moria?... Tratar de salvarle ahora sería un suicidio.

—¡Mi vida daré gustosa por salvar la suya!

—¿Tanto le amas, Moria?

—Le amo sobre todo lo que existe en el mundo, más que a mi propio ser—y vocaba:

—¡Le amo, le amo!

Y Moria con la cabellera suelta y los brazos extendidos hacia el mar, acongojada, desesperada, iba a arrojarse al mar. Nat la cogió por la cintura. «Le ama y daría su vida por él... ¡Amor heroico!—pensaba Nat.

—Si tú por su amor le ofreces tu vida, Moria—le dijo el marino—, yo por el inmenso

amor que te tengo sacrificaré la mía para entregártelo vivo.

Y dicho esto Nat empujó su lancha al mar y empezó a remar con toda su alma hacia el peñasco, donde el desventurado pintor se debatía contra las olas que ya lo empezaban a barrer. La mar estaba gruesa, y las olas, como montañas, jugaban con la barca levantándola y volviéndola a hundir, pareciendo que la iban a sepultar en los abismos. Moria, de pie sobre un peñón de la playa, con los brazos en alto, con los cabellos y el vestido azotado por el viento, parecía la estatua de la desesperación. «¡Que llegue a tiempo, Señor!»—rezaba. Cuando la lancha aparecía en la cresta de una ola gigantesca, respiraba; pero cuando desaparecía la frágil embarcación tras una de aquellas montañas de agua, su corazón se estremecía y perdía la esperanza de que se salvara su amado, y entonces cruzaba por su mente la idea de arrojarle al mar para salvarlo o perecer con él. Por fin, llegó Nat Harper al diabólico peñón, que, como hemos dicho, ya era barrido por las olas. Stanley, amarrado de pies y manos, estaba como desmayado a punto de resbalar al mar. El intrépido marino, con el valor que prestaba a su pecho el inmenso amor que sentía por Moria, remó para acercarse su barca al peñón; pero, ¡oh dolor!, un golpe de mar hizo que la proa tocara con violencia contra la peña y la frágil embarcación zozobró; entonces el marino salió hasta la peña donde se agarró fuertemente, se arrastró como pudo hasta el pintor que se hallaba inerte.

—¡Sálvese!—gitó Nat con fuerza—. ¡Yo le ayudaré!

Stanley abrió los ojos y al ver a su lado a su enemigo, se horrorizó, tomando su rostro una expresión de terror.



... y de ello se convenció, cuando, al día siguiente, se halló en la playa juntamente con Stanley y Nat (pág. 36)

—¡Sálvese!—volvió a repetir Harper.

En aquel momento, cuando el pintor quiso incorporarse, una ola se rompió a su espalda y dió con él en el mar; quiso nadar, mas las

terzas le faltaban y empezó a hundirse; entonces el marino se zambulló, le cogió por los cabellos, y lo elevó hasta la superficie, púsole entre sus piernas y luchando contra las olas que amenazaban tragarlos a los dos, pudo llegar con el pintor medio desmayado hasta la orilla.

Moria se arrodilló junto al cuerpo de su amado, mientras Nat le hacía la respiración artificial, agitando ambos brazos. Cuando Stanley volvió en sí, al abrir los ojos y ver como Moria le tomaba su cabeza entre sus manos, sonrió, exclamando con amor:

—¡Moria!

—¡Amor mío!

Al oír estas palabras Nat Harper se estremeció. Dos lágrimas, al rodar por las mejillas de su rostro tostado por el sol, parecían purificarle: el arrepentimiento y la conformidad a su suerte adversa, que le cerraban las puertas del corazón por quien él suspiraba, se habían adueñado de su alma.

—Moria, ¿me perdonas?

—Tu heroico proceder te ha purificado, Nat. Stanley y yo te perdonamos.

—¡Te perdono, Nat!— exclamó Stanley.

Los dos adversarios sellaron la paz con un apretón de manos.

—¡Adiós, Moria!

Dijo sencillamente Nat Harper volviendo la espalda y alejándose de aquel lugar con el corazón entristecido, con las ilusiones muertas. Desde aquella noche nunca supo nadie el pa-



El autor, Stanley.

radero de Nat Harper, el marinero valiente, de corazón magnánimo que tuvo la fuerza de enterrar en su pecho el amor que había sentido por la mujer que no le correspondió: ¡el amor heroico había sepultado al amor sensible!

La luna continuaba brillando con destellos nuevos y riendo su luz fúlgida sobre las aguas; los elementos parecían serenarse después del terrible drama de que habían sido mudos testigos y, en la playa... ¡triunfaba el amor!

El astro de la noche parecía sonreír al contemplar dos parejas que se cantaban al oído el himno eterno del amor con el monótono acompañamiento del rumor de las olas al besar la arena. Sentados en ella Moria y Stanley cantaban:

—¡Moria, te amo!

—¡Te adoro, Stanley!

Y el *Eco* repitió: ¡Te amo!

Sus bocas se juntaron y el aliento de sus pechos hizo estremecer dos seres en uno, confundiéndolos en un solo amor.

Peggy y Philip, más lejos, sentados sobre una peña, murmurábase tan quedo que sólo podían oírlo sus corazones:

—¿Me amas, Peggy?

—¡Te amo, Philip!

Los brazos de él se enroscaron al busto de ella y con el rumor del agua confundióse el ruido de un beso.

¡Amor!...—cantaban las olas— ¡Amor!—

decían los astros con su luz parpaguante, y la naturaleza toda, en su místico y misterioso silencio, decía:

«¡Amor!... Que él está escrito en las páginas bellas del cielo y de la tierra, según los trovadores.

«Amor» dicen las letras de luz de las estrellas.

«¡Amor!» dicen los céfitos y el agua en sus rumores.

XIV

La aurea cabalgando en su carro de fuego
ha iluminado el Olimpo. La cúpula dorada del
Templo de Venus reluce despidiendo rayos lu-
minosos que hieren en sus pupilas a los amor-
cillos dormidos en sus cornisas; las palomas
se arrullan amorosas y... ¡Venus se sienta en
su trono de amor rodeada de sus hermosas
danzarinas!

Cupido, sonriente, hace irrupción en la sala
y se postra ante la reina del amor, quien le
pregunta:

—Cupido, ¿qué es del mundo?... ¿Qué im-
presiones nos trae de tu viaje de investiga-
ción?... ¿El amor es aun el dueño del mundo?

—¡Oh Venus, el Amor reina aun entre los
hombres!... ¡El Amor es el dueño del mundo!

Sonrió Venus, y su sonrisa iluminó el tem-
plo. Oyóse una suave armonía de cítaras y
trompas, de laúdes y escifadafos, y el coro en-
tonó:

Son los labios de Venus tu fuente de ambrosía,
y es el seno de Leda tu nido de placer,
y nunca mejor horas, ¡oh Amor!, a la poesía,
como cuando en tu trono se sienta una mujer.

FIN

BIBLIOTECA FILMS

1	No se fie de las apariencias.	Mary Pickford	30*
3	Lorna Doone	Charles Chaplin	25*
9	Sherlock Holmes	Dorothy Phillips	25*
11	El Signo del Zorro 2.ª edición	Douglas Fairbanks	25*
13	Luisa Miller	Romón Navarro	25*
18	Nathan el sabio	Sandra y Hermann	25*
19	La Huerfanita 2.ª edición	Dorothy Gish	25*
20	Clarita May	Beate Lova	25*
23	El alma de Oscar	Cullen Landis	25*
24	El Botones n.º 13	Douglas Mac Lean	25*
26	Mandrin, caudillo de leyenda	Emmald Joubé	25*
27	El velo de la dicha	Clair Windsor	25*
28	Nellie, la bella modelo	Mae Murray	25*
30	Como aman los hombres	Barbara La Marr	25*
31	El Ladrón de Bagdad (2.ª edición)	Lya Mara	25*
32	La Reina de la Moda	Jacqueline Blane	25*
33	Montmartre	Polá Negri	25*
34	El Caballero de la Pesadilla	Juan Mojunkini	25*
36	El regreso de Cyclone Smith	Kadie Polo	25*
37	Dorothy Vernon (2.ª edición)	Mary Pickford	25*
38	La Ley de la Hospitalidad	Buster K. (Pamplinas)	25*
93	¡Viva el Rey!	J. Coogan (Chiquillo)	25*
41	Locuras de juventud	Mia May	25*
42	Historia de un dólar	Tom Moore	25*
44	¡Velarás por tu hijo!	André Rolane	25*
45	El baño de las piratas	Perla Blanca	25*
46	Amor que vence al amor	Betty Compson	25*
47	Los tres mosqueteros	Douglas Fairbanks	25*
48	Tony	Shirley Mason	25*
50	El Camino del amor	Rodolfo Valentino	25*
51	Vida de los artistas de cine	Wallace Reid	25*
52	Oriente	Jacobini	25*
53	El isleño de las perlas	John Talley	25*
54	El pez dorado	Constance Talmadge	25*

NOTA.—Los números que no figuran están agotados.

SELECCION DE LOS MAS GRANDES FILMS

1	Resita		1 p.
4	La voz de la mujer	Douglas Fairbanks	50 c
12	¿Dónde estás, hijo mío?	Rainwald y Ford	30 c
21	La brecha del infierno	Camille Varnades	40 c
25	Mesalina	Rina de Ligours	50 c
29	Los Nibelunges (Sigfrido)	Pablo Richter	50 c
33	Koenigsmark	Jacques Catelain	50 c
40	En las ruinas de Reims	Corinne Griffith	50 c
43	La mujer que supo resistir	Ben Lyon	50 c
49	Los dos pilletes	Jean Forest y Leslie Shaw	50 c

Biblioteca Films

Tiene el honor de ofrecer
su nuevo domicilio: Cala-
bria, 96, teléfono 173 H, a
los lectores, señores cine-
:: matografistas y amigos ::

Solicitamos Corresponsales: Calabria, 96 :: BARCELONA

Los verdaderos
FILMS DE AMOR

publicados en nuestra BIBLIOTECA
colman el ideal de los aficionados:

ROSITA

La voz de la mujer

La Rosa de Flandes (Agotado)

¿Dónde estás hijo mío?

La brecha del infierno

MESALINA

Los Nibelungos

(Sigfrido)

KOENIGSMARK

En las ruinas de Reims

La mujer que supo resistir

Los dos pilletes

El Templo de Venus

TÍTULOS DE LA SUPREMACIA

Cubierta a varias tintas

Precio popularísimo: 50 cént.